

Pier Paolo Pasolini

Escritos corsarios



SYMBOLS
TALK
FLOWER
OF LIFE
TO
HUMANITY

P.P.P.

Galaxia Gutenberg

PIER PAOLO PASOLINI

Escritos corsarios

Traducción y notas de David Paradelo López

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Scritti corsari*
Traducción del italiano: David Paradela López

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2022

© Garzanti Editore s.p.a., 1975, 1990
© Garzanti Libri s.r.l., Milán, 2000, 2001, 2007 y 2007
Gruppo editoriale Mauri Spagnol
© de la traducción y las notas: David Paradela López, 2022
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: gama, sl
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 121-2022
ISBN: 978-84-18807-79-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra solo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Nota introductoria

La reconstrucción de este libro queda en manos del lector. Él es quien debe recomponer los fragmentos de una obra dispersa e incompleta. Él es quien debe reagrupar pasajes lejanos que, no obstante, se complementan. Él es quien debe organizar los fragmentos contradictorios en busca de su carácter esencialmente unitario. Él es quien debe suprimir las eventuales incoherencias (es decir, las investigaciones o hipótesis abandonadas). Él es quien debe sustituir las repeticiones con las eventuales variantes (o, por el contrario, aceptar las repeticiones como anáforas apasionadas).

El lector tiene delante dos «series» de escritos cuyas fechas, si se ponen en fila, corresponden más o menos a: una «serie» de escritos *primeros*, y otra «serie» más humilde de escritos integradores, corroboradores, documentales. El ojo, obviamente, debe desplazarse de una «serie» a la otra. Más que ningún otro de mis libros, este volumen de textos periodísticos espera del lector un necesario fervor filológico. El fervor menos común en estos momentos. Como es natural, el lector debe remitirse también a otros textos, aparte de las «series» incluidas en el presente libro. Por ejemplo, a los escritos de los interlocutores con los cuales polemizo o a los que con tanta obstinación replico o respondo. Además, a la obra que el lector debe reconstruir le faltan todo tipo de materiales que resultan, por lo demás, fundamentales. Me refiero sobre todo a un grupo de poemas ítalo-friulanos. Hacia el periodo que comprende, en la primera «serie», el artículo sobre el discurso de los vaqueros Jesus (17-5-1973) y el que trata de la mutación antropológica de los italianos (10-6-1974), y, en la «serie» paralela, la reseña de *Algo de fiebre* de Sandro Penna (10-6-1973) y la de *Yo soy poeta* de Ignazio Buttitta (11-1-1974), apareció en

Paese Sera (5-1-1974) –en la estela de mi nueva tradición ítalo-friulana, inaugurada en *La Stampa* (16-12-1973)– un conjunto de textos poéticos que conforman un nexo esencial, no solo entre ambas «series», sino también dentro de la primera «serie», es decir, del discurso más actual de este libro. No era posible recoger aquí esos versos, que no son «corsarios» (o lo son mucho más). Así pues, a ellos remito al lector, ya sea en las cabeceras que acabo de citar o en la nueva publicación donde han encontrado su lugar definitivo, es decir, *La nuova gioventù* (Einaudi, 1975).

P. P. P. [1975]¹

1. Todas las notas de esta edición son del traductor, a excepción de las que aparecen con una llamada en forma de asterisco, que son originales de Pasolini. La información de algunas puede encontrarse, ampliada, en las notas al volumen *Saggi sulla politica e sulla società*, ed. Walter Siti y Silvia De Laude, Milán, Mondadori, 1999, pp. 1759-1781.

Escritos corsarios

7 de enero de 1973. El «discurso» del pelo

La primera vez que vi a los melenudos fue en Praga. En el vestíbulo del hotel donde me alojaba aparecieron dos jóvenes extranjeros, con el pelo largo hasta los hombros. Cruzaron el vestíbulo, llegaron a un rincón algo apartado y se sentaron a una mesa. Allí permanecieron una media hora, mientras los huéspedes, yo entre ellos, los observaban; después se marcharon. Ni al pasar entre el gentío agolpado en el vestíbulo ni durante el tiempo que estuvieron sentados en su apartado rincón, ninguno de los dos dijo una palabra (podría ser –aunque yo no lo recuerdo– que murmurasen algo entre ellos: aunque, supongo, debió de ser algo puramente práctico, inexpresivo).

En realidad, en esa situación concreta –del todo pública, o social, y, diría incluso, oficial–, no tenían necesidad alguna de hablar. Su silencio era rigurosamente funcional. Y lo era por una sencilla razón: porque la palabra era superflua. Ambos, en efecto, empleaban para comunicarse con los presentes, con los observadores –con sus hermanos de aquel momento– un lenguaje distinto al que forman las palabras.

Lo que ocupaba el lugar del tradicional lenguaje verbal, convirtiéndolo en superfluo –y, por cierto, ocupando de inmediato un espacio dentro del amplio dominio de los «signos», es decir, en el ámbito de la semiología– era el *lenguaje de su pelo*.

Se trataba de un único signo –a saber, la longitud del pelo que les caía sobre los hombros– en el que se concentraban todos los signos posibles de un lenguaje articulado. ¿Cuál era el sentido de su mensaje silencioso y exclusivamente físico?

Era el siguiente: «Somos dos Melenudos. Pertenece-mos a una nueva categoría humana que en estos días comienza a hacer acto de presencia en el mundo, que tiene su centro en América y que, en las provincias (como, por ejemplo –o mejor, sobre todo–, aquí en Praga), resulta desconocida. Para vosotros somos, pues, una Aparición. Ejercemos nuestro apostolado llenos de un saber que nos colma y nos consume totalmente. Nada tenemos que añadir ni oral ni racionalmente a lo que física y ontológicamente dice nuestro pelo. El saber que nos llena, entre otras cosas gracias a nuestro apostolado, será vuestro también algún día. Por ahora es una Novedad, una gran Novedad que crea en el mundo, a través del escándalo, una expectativa: expectativa que no se verá defraudada. Los burgueses hacen bien en mirarnos con odio y terror, porque aquello en lo que consiste la largura de nuestro pelo los pone en tela de juicio. Eso sí, que nadie nos tome por gente maleducada y salvaje: somos bien conscientes de nuestra responsabilidad. Nosotros no os miramos, vamos a lo nuestro. Haced lo mismo también vosotros y esperad a los Acontecimientos».

Yo fui uno de los destinatarios de esta comunicación y, además, conseguí descifrarla enseguida: aquel lenguaje carente de léxico, gramática y sintaxis resultaba comprensible al instante, entre otras cosas porque, semiológicamente hablando, no era más que una variante de ese «lenguaje de la presencia física» que los hombres han empleado desde siempre.

Lo entendí y sentí una repentina antipatía por aquel par.

Más tarde tuve que tragarme mi antipatía y defender a los melenudos de los ataques de la policía y los fascistas: como es natural, me puse por principios del lado del Living Theatre, de los *beats*, etc...: y el principio que me llevaba a ponerme de su parte era un principio rigurosamente democrático.

Los melenudos se volvieron bastante numerosos, como los primeros cristianos: pero seguían siendo misteriosamente silenciosos; el pelo largo era su único y verdadero lenguaje, y poco importaba añadirle nada más. Su habla coincidía con su ser. La inefabilidad era el *ars retorica* de su protesta.

¿Qué decían, con aquel lenguaje inarticulado consistente en el signo monolítico del pelo, los melenudos de 1966-1967?

Decían esto: «La civilización de consumo nos repugna. Nosotros protestamos de manera radical. A través del rechazo, creamos un anticuerpo contra esa civilización. Todo parecía ir viento en popa, ¿eh? Nuestra generación tenía que ser una generación de integrados. Pues ya veis cómo están en realidad las cosas. Nosotros contraponemos la locura a un destino de “ejecutivos”. Creamos nuevos valores religiosos en el seno de la entropía burguesa, justo cuando esta se estaba volviendo totalmente laica y hedonista. Lo hacemos con un clamor y una violencia revolucionaria (¡violencia de no violentos!), porque la crítica que dirigimos a nuestra sociedad es total e intransigente».

No creo que, si se los hubiera interrogado según el sistema tradicional del lenguaje verbal, hubieran sabido expresar de un modo tan elaborado el asunto de su pelo: la cuestión es que esto es lo que, en sustancia, venían a expresar. Por lo que a mí respecta, aunque a partir de entonces sospeché que su «sistema de signos» era producto de una subcultura de la protesta que se oponía a una subcultura del poder y que su revolución no marxista resultaba sospechosa, durante un tiempo continué estando de su lado, o por lo menos incorporándolos en el elemento anárquico de mi ideología.

El lenguaje de aquel pelo, aunque de modo inefable, expresaba «cosas» de Izquierdas. Tal vez de la Nueva Izquierda, nacida *dentro* del universo burgués (en una dialéctica creada acaso de forma artificial por aquella Mente que gobierna, más allá de la conciencia de los Poderes particulares e históricos, el destino de la Burguesía).

Llegó el 68. Los melenudos fueron absorbidos por el Movimiento Estudiantil; agitaron las banderas rojas por encima de las barricadas. Su lenguaje expresaba cada vez más «cosas» de Izquierdas (Che Guevara era un melenudo, etc.).

En 1969 –con la masacre de Milán, la Mafia, los emisarios de los coroneles griegos, la complicidad de los ministros, la trama negra, los provocadores–,¹ los melenudos crecieron enormemen-

1. El atentado de Piazza Fontana, cometido el 12 de diciembre de 1969 en Milán y atribuido a la extrema derecha, dejó 17 muertos y 88 heridos. En 1968

te: si bien es cierto que desde el punto de vista numérico aún no eran mayoría, sí lo eran en cuanto al peso ideológico que habían adquirido. Ahora los melencidos ya no eran silenciosos: no delegaban toda su capacidad comunicativa y expresiva en el sistema signico de su pelo. Al contrario, la presencia física del pelo quedaba, en cierto modo, relegada a una función distintiva. El uso tradicional del lenguaje verbal había recuperado sus funciones. Y no digo verbal porque sí. Al contrario, lo subrayo. Tanto se habló entre 1968 y 1970, tanto, que durante un tiempo podremos pasarnos sin hacerlo: la verbalidad halló vía libre y el verbalismo se convirtió en la nueva *ars retorica* de la revolución (gauchismo, enfermedad verbal del marxismo!).

A pesar de que el pelo –absorbido por esa furia verbal– ya no hablaba de forma autónoma a sus aturridos destinatarios, yo encontré las fuerzas para agudizar mis capacidades descodificadoras y, en medio de todo aquel estruendo, traté de prestar atención al silencioso discurso, que evidentemente no se había interrumpido, de aquel pelo cada vez más largo.

¿Qué decía ahora? Decía: «Sí, es verdad, decimos cosas de Izquierdas; nuestro sentido –aunque puramente suplementario del sentido de los mensajes verbales– es un sentido de Izquierdas... Pero... Pero...».

El discurso del pelo largo se detenía aquí: debía completarlo por mí cuenta. Aquel «pero» significaba, claro está, dos cosas: 1) «Nuestra infabilidad es cada vez más irracional y pragmática: la preeminencia que silenciosamente atribuimos a la acción es de carácter subcultural y, por tanto, esencialmente de derechas». 2)

había terminado el llamado «juicio de los 117» contra Cosa Nostra, en el que la mayoría de los imputados quedaron absueltos, lo cual sembró gran desconfianza entre la opinión pública y, al año siguiente, el 10 de diciembre, desembocó en la masacre de Via Lazio de Palermo. Los «coroneles griegos» hacen alusión a las juntas militares que gobernaron Grecia entre 1967 y 1974; sus métodos inspiraron a la extrema derecha italiana, algunos de cuyos miembros visitaron el país heleno en 1968 por invitación del primer ministro Georgios Papadopoulos. La «trama negra» y los «provocadores» hacen referencia a los múltiples incidentes de falsa bandera instigados por aquellos años por la extrema derecha (en Italia, el color negro simboliza en política a los sectores reaccionarios).

«Nos han adoptado incluso los provocadores fascistas, que se mezclan con los revolucionarios verbales (el verbalismo, no obstante, puede conducir a la acción, sobre todo cuando la mitifica); y constituimos la máscara perfecta, no solo desde el punto de vista físico –nuestro desordenado fluir y ondear tiende a homogeneizar todas las caras–, sino también desde el punto de vista cultural: de hecho, una subcultura de Derechas bien puede confundirse con una subcultura de Izquierdas».

Comprendí, en definitiva, que el lenguaje del pelo no expresaba ya «cosas» de Izquierdas, sino que expresaba algo equívoco, Derecha-Izquierda, que hacía posible la presencia de los provocadores.

Hace una década, pensaba yo, entre nosotros, los de la generación anterior, la presencia de un provocador era casi inconcebible (a menos que fuese un actor formidable): y es que su subcultura era distinta, *incluso físicamente*, de la nuestra. Lo habríamos reconocido por los ojos, por la nariz, ¡por *el pelo!* Enseguida lo habríamos desenmascarado y le habríamos dado la lección que se merecía. Ahora esto ya no es posible. Nadie en el mundo sería capaz de distinguir por su aspecto físico a un revolucionario de un provocador. Derecha e Izquierda están físicamente fusionadas.

Llegamos a 1972.

En septiembre de ese año me encontraba en la ciudad de Isfahán, en el corazón de Persia. Un país subdesarrollado, como horriblemente se dice, pero, como igual de horriblemente se dice, en plena pujanza.

Sobre la Isfahán de hace una década –una de las ciudades más bellas del mundo, si es que no, quién sabe, la más bella–, nació una Isfahán nueva, moderna y feísima. Sin embargo, por sus calles, yendo al trabajo o de paseo, es posible ver, hacia el atardecer, a los mismos muchachos a los que se veía en Italia hace una década: hijos dignos y humildes, con sus hermosas nuca, sus bellas caras límpidas bajo el flequillo altivo e inocente. Y hete aquí que una tarde, caminando por la calle principal, vi, entre todos aquellos muchachos antiguos, hermosísimos y llenos de ancestral dignidad humana, a dos seres monstruosos: no eran exactamente melenudos, pero tenían el pelo cortado a la europea, largo por detrás, corto en la frente, estropajoso de tanto estirárselo, pegado

artificialmente al rostro con dos repulsivos mechones que les caían sobre las orejas.

¿Qué decía ese pelo? Decía: «¡Nosotros no pertenecemos al grupo de estos muertos de hambre, estos pobres subdesarrollados que se han quedado estancados en la época de la barbarie! Nosotros somos empleados de banca, estudiantes, hijos de gente enriquecida que trabajaba en las empresas petrolíferas; conocemos Europa, somos gente leída. Nosotros somos burgueses: ¡y aquí está nuestro pelo largo, que da fe de nuestra modernidad internacional de privilegiados!».

Es decir, aquel pelo largo hacía alusión a «cosas» de Derechas.

El ciclo se ha cerrado. La subcultura del poder ha absorbido a la subcultura de la oposición y la ha hecho suya: con diabólica habilidad, la ha convertido pacientemente en una moda que, si bien no puede calificarse propiamente de fascista en el sentido clásico de la palabra, sí pertenece a una «extrema derecha» real.

Concluyo con amargura. Las repugnantes máscaras que los jóvenes se ponen en la cara, y con las que adoptan un aspecto repulsivo como las putas viejas de una iconografía injusta, recrean objetivamente en su fisonomía lo que ellos mismos siempre habían condenado nada más que de palabra. Han reaparecido las viejas caras de los curas, los jueces, los funcionarios, los falsos anarquistas, los oficinistas burlones, los doctores Picapleitos, los don Ferrantes,² los mercenarios, los engatusadores, los facinerosos biempensantes. O lo que es lo mismo, la condena radical e indiscriminada que habían pronunciado contra sus padres –que son la historia en evolución y la cultura precedente–, levantando contra ellos una barrera insalvable, acabó por aislarlos, impidiéndoles mantener con sus padres una relación dialéctica. Y solo a través de tal relación dialéctica –por dramática y extrema que fuera esta– habrían podido obtener una verdadera conciencia histórica

2. El doctor Picapleitos y don Ferrante son dos personajes de la novela *Los novios* de Alessandro Manzoni. El primero es un leguleyo obsequioso con los poderosos, mientras que el segundo representa la erudición pomposa y estéril.

de sí mismos y seguir adelante, «superar» a sus padres. Por el contrario, el aislamiento en el que se encerraron –como en un mundo aparte, un gueto reservado a la juventud– los mantuvo sujetos a su irreprimible realidad histórica: y eso implicó –fatalmente– una regresión. A la hora de la verdad, terminaron más rezagados incluso que sus padres, resucitaron en su alma terrores y conformismos, y, en su aspecto físico, convencionalismos y miserias que parecían superados para siempre.

Así pues, lo que el pelo largo dice ahora, con su inarticulado y obsesivo lenguaje de signos no verbales, con su bárbara iconicidad, son las «cosas» de la televisión o de la propaganda publicitaria, donde hoy en día resulta absolutamente inconcebible que un joven no lleve el pelo largo: algo que, en estos momentos, al poder le parecería escandaloso.

Siento un inmenso y sincero disgusto al decir esto (es más, lo digo con auténtica desesperación): pero, en la actualidad, las caras de miles y cientos de miles de jóvenes italianos se parecen cada vez más a la cara de Merlino.³ Su libertad para llevar el pelo como les plazca ya no puede defenderse, porque ya no es libertad. Ha llegado el momento, más bien, de decirles a los jóvenes que esa forma de peinarse resulta espantosa, por servil y por vulgar. Es más, ha llegado el momento de que ellos mismos se den cuenta y se liberen de esta ansia culpable de atenerse al orden degradante de la horda.

(En *Corriere della Sera*, con el título «Contra el pelo largo»)

3. Mario Merlino militó en la extrema derecha de los años sesenta, protagonizó numerosos altercados y fue uno de los activistas que viajaron a la Grecia de Papadopoulos en 1968. Hacia la época en que Pasolini escribe este artículo, había adoptado un aspecto muy similar al de los «melenudos» aquí descritos y trataba de integrarse en círculos anarquistas.

17 de mayo de 1973.
Análisis lingüístico de un eslogan

El lenguaje empresarial es, por definición, un lenguaje puramente comunicativo: los «lugares» donde se produce son los lugares donde se «aplica» la ciencia, o lo que es lo mismo, los lugares del pragmatismo puro. Los técnicos hablan entre ellos en una jerga especializada, sí, pero con una función estricta y rígidamente comunicativa. El canon lingüístico que rige *dentro* de la fábrica tiende a expandirse también fuera de esta: queda claro que quienes producen quieren mantener con quienes consumen una relación mercantil absolutamente clara.

Existe un único caso de expresividad –pero de expresividad aberrante– en el lenguaje puramente comunicativo de la industria: el eslogan. El eslogan, en efecto, debe ser expresivo, para impresionar y convencer. Pero la suya es una expresividad monstruosa, ya que se convierte de inmediato en estereotipo y se fija con una rigidez que es todo lo contrario a la expresividad, que es algo siempre cambiante y que se presta a una interpretación infinita.

La expresividad postiza del eslogan es, pues, la cúspide máxima de la nueva lengua técnica que sustituye a la lengua humanística. Es el símbolo de la vida lingüística del futuro, es decir, de un mundo inexpressivo, sin particularismos ni diversidad cultural, perfectamente homogeneizado y aculturado. De un mundo que a nosotros, últimos depositarios de una visión múltiple, magmática, religiosa y racional de la vida, nos parece un mundo de muerte.

Pero ¿es posible prever un mundo así de negativo? ¿Es posible prever un futuro que sea el «final de todo»? Algunos –como yo–

tendemos a ello por desesperación: el amor por el mundo que hemos vivido y experimentado nos impide concebir otro que sea igual de real; que se puedan crear otros valores equiparables a los que han hecho preciosa una existencia. Esta visión apocalíptica del futuro es justificable, aunque probablemente injusta.

Parecerá un disparate, pero hay un eslogan reciente –el de los vaqueros Jesus («No tendrás otros vaqueros que a mí»),¹ que tan repentinamente célebre se ha hecho– que se presenta como algo nuevo, una excepción al canon fijo del eslogan en la cual se revela una posibilidad expresiva imprevista y que indica una evolución distinta a lo que la convencionalidad –adoptada a toda prisa por esos desesperados que desean sentir el futuro como muerte– permitía, demasiado razonablemente, prever.

Véase la reacción del *Osservatore Romano* ante este eslogan: con su jerigonza anticuada, espiritual y un tanto fatua, el articulista del *Osservatore* entona un treno, muy poco bíblico, con el que hace victimismo como si fuera un pobre e inocente ser indefenso. Es el mismo tono con el que se redactan, por ejemplo, las lamentaciones contra la creciente inmoralidad de la literatura o el cine. Solo que, en dicho caso, detrás de ese tono quejumbroso y convencional se esconde la voluntad amenazante del poder: mientras el articulista, cual cordero, se lamenta en italiano recto, el poder trabaja a sus espaldas para suprimir, borrar y aplastar a los réprobos que son causa de ese sufrimiento. Los magistrados y la policía están alerta; el aparato estatal enseguida se pone diligentemente al servicio del espíritu. A la jeremiada del *Osservatore* le siguen los procedimientos jurídicos del poder: al punto, el literato o el cineasta blasfemo es castigado y conminado a callar.

1. Jesus Jeans, la primera marca de vaqueros italiana, lanzó en 1973 una escandalosa campaña ideada por Emanuele Pirella en la que el versículo de Éxodo 20:3 aparecía sobre la fotografía, obra de Oliviero Toscani, de un pantalón desabrochado que dejaba intuir la región púbica. El artículo del *Osservatore Romano* mencionado más abajo se publicó el 7-8 de mayo del mismo año.

En el caso de rebeliones de tipo humanístico –posibles dentro del ámbito del antiguo capitalismo y de la primera revolución industrial–, la Iglesia tenía la posibilidad de intervenir y reprimir, contradiciendo brutalmente cierta voluntad formalmente democrática y liberal del poder estatal. El mecanismo era sencillo: una parte de ese poder –por ejemplo, la magistratura y la policía– asumía una función conservadora o reaccionaria, y, como tal, ponía de forma automática sus instrumentos de poder al servicio de la Iglesia. Existe, pues, un doble vínculo de mala fe en esta relación entre la Iglesia y el Estado: por su parte, la Iglesia acepta el Estado burgués –en lugar del monárquico o feudal– y le concede su asentimiento y apoyo, sin el cual el poder estatal no habría podido subsistir hasta hoy; para ello, no obstante, la Iglesia tenía que admitir y aprobar la exigencia liberal y la formalidad democrática, cosas ambas que admitía y aprobaba solo a condición de que el poder le concediera autorización tácita para limitarlas y suprimirlas. Autorización, por lo demás, que el poder burgués le concedía de buen grado. De hecho, su pacto con la Iglesia en cuanto *instrumentum regni* no consistía sino en esto: en enmascarar su propio y esencial antiliberalismo y su propio y esencial antidemocratismo cediéndole la función antiliberal y antidemocrática a la Iglesia, aceptada con mala fe como institución religiosa superior. Dicho de otro modo, la Iglesia ha hecho un pacto con el diablo, es decir, con el Estado burgués. Y es que no hay contradicción más escandalosa que la que se da entre la religión y la burguesía, siendo esta última lo contrario de la religión. En el fondo, el poder monárquico o feudal lo era mucho menos. Por eso el fascismo, en cuanto momento regresivo del capitalismo, era objetivamente menos diabólico, desde el punto de vista de la Iglesia, que el régimen democrático: el fascismo era una blasfemia, pero no socavaba la Iglesia desde dentro porque era una *falsa* nueva ideología. El Concordato no fue un sacrilegio en los años treinta, como sí lo es hoy, ya que el fascismo no hizo la menor mella en la Iglesia, mientras que el actual Neocapitalismo la destruye. La aceptación del fascismo fue un episodio atroz: pero la aceptación de la civilización capitalista burguesa es un hecho definitivo cuyo cinismo representa no solo un baldón, el enésimo

en la historia de la Iglesia, sino un error histórico que la Iglesia a buen seguro pagará con su declive. Esta no ha intuido –en su ciega ansia de estabilización y fijación eterna de su función institucional– que la Burguesía representaba un nuevo espíritu que sin duda no es el de los fascistas: un nuevo espíritu que, al principio, fingiría competir con el religioso (del cual salvaría tan solo el clericalismo) para, por fin, acabar ocupando su puesto al suministrar a los hombres una visión total y única de la vida (y al suprimir asimismo la necesidad del clericalismo como instrumento de poder).

Es verdad: como decía, a los patéticos lloriqueos del articulista del *Osservatore* les sigue siempre inmediatamente –en los casos de oposición «clásica»– la acción de la magistratura y la policía. Pero son casos de supervivencia. El Vaticano todavía encuentra a viejos hombres fieles en el aparato del poder estatal: pero son justo eso, viejos. El futuro no pertenece ni a los viejos cardenales ni a los viejos políticos ni a los viejos magistrados ni a los viejos policías. El futuro pertenece a la joven burguesía, que ya no tiene necesidad de ostentar el poder mediante los instrumentos clásicos; que ya no sabe qué hacer con la Iglesia, la cual ha acabado adscrita de modo genérico a ese mundo humanístico del pasado que representa un obstáculo para la nueva revolución industrial; el nuevo poder burgués, en realidad, exige a los consumidores un espíritu totalmente pragmático y hedonista: un universo tecnicista y puramente terrenal es aquel en el que puede desarrollarse, según su propia naturaleza, el ciclo de la producción y el consumo. Para la religión y, sobre todo, para la Iglesia, ya no hay espacio. La lucha represiva que el nuevo capitalismo sigue librando a través de la Iglesia es una lucha diferida, destinada, según la lógica burguesa, a un triunfo que pronto ha de llegar, con la consiguiente disolución «natural» de la Iglesia.

Parecerá un disparate, repito, pero el caso de los vaqueros Jesus es un síntoma de todo esto. Quienes han fabricado estos vaqueros y los han lanzado al mercado, usando como pragmático eslogan uno de los diez mandamientos, dan la impresión –probablemente

con cierta falta de sentimiento de culpa, es decir, con la inconsciencia de quien ya no se plantea determinados problemas— de haber traspuesto el umbral que delimita nuestra forma de vida y nuestro horizonte mental.

Hay en el cinismo de este eslogan una intensidad y una inocencia absolutamente nuevas, aunque es probable que hayan madurado a lo largo de los últimos decenios (algo menos en Italia). Lo que este nos dice, con ese laconismo de fenómeno que se nos revela de sopetón ante la conciencia, con una forma ya completa y definitiva, es que los nuevos industriales y los nuevos técnicos son completamente laicos, pero de una laicidad que ya no se mide con la religión. Dicha laicidad es un «nuevo valor» nacido de la entropía burguesa, en la que la religión se deteriora como autoridad y forma de poder, pero sobrevive en cuanto producto natural de enorme consumo y forma folclórica todavía aprovechable.

Sin embargo, el interés de este eslogan no solo es negativo, no representa tan solo la nueva manera en que la Iglesia ha sido brutalmente confinada al lugar que ocupa hoy en día: también hay en él un interés positivo, es decir, la posibilidad imprevista de ideologizar y, por tanto, hacer expresivo el lenguaje del eslogan y por ende, es de suponer, el de todo el mundo tecnológico. El espíritu blasfemo de este eslogan no se limita a una apodixis, a una pura observación que fija la expresividad en pura comunicatividad. Es algo más que un hallazgo irreverente (cuyo modelo sería en anglosajón *Jesucristo Superstar*): al contrario, se presta a una interpretación que no puede ser sino infinita; conserva, pues, en el eslogan los caracteres ideológicos y estéticos de la expresividad. Significa —quizá— que también el futuro que a nosotros —religiosos y humanistas— se nos antoja fijación y muerte será, de un modo nuevo, historia; que la exigencia de pura comunicatividad de la producción será, de algún modo, contradicha. En efecto, el eslogan de estos vaqueros no se limita a comunicar la necesidad de su consumo, sino que se presenta incluso como la némesis —aunque sea inconsciente— que castiga a la Iglesia por su pacto con el diablo. Esta vez el articulista del *Osservatore* sí está indefenso e impotente: aun en el caso de que la magistratura y la policía se pusieran repentina y cristianamente manos a la obra y con-

siguieran arrancar de las paredes de todo el país los carteles donde aparece dicho eslogan, se trata ya de un hecho irreversible, aunque quizá largamente anunciado; su espíritu es el nuevo espíritu de la segunda revolución industrial y de la consiguiente mutación de los valores.

(En *Corriere della Sera*, con el título «El demencial eslogan de los vaqueros Jesus»)